



Desagrarización cultural, agricultura urbana y resistencias para la sustentabilidad

David Gallar Hernández, Isabel Vara Sánchez, Instituto de Sociología y Estudios Campesinos, Universidad de Córdoba

Acompañando al actual proceso de desagrarización productiva en el medio rural, se está extendiendo una desagrarización cultural que afecta tanto a la población rural como a la urbana. La desagrarización cultural nos lleva a un distanciamiento profundo con respecto a los procesos agrarios y biológicos involucrados en la producción de alimentos y nos aleja de la realidad productiva industrial que abastece al sistema agroalimentario.

El proceso de urbanización de nuestras ciudades ha sido modelado de tal manera que refuerza la barrera campo-ciudad, alejando física y funcionalmente al ecosistema urbano de la agricultura y de usos, tradiciones y conocimientos del mundo rural. Sin embargo, subyacen nuevos planteamientos que señalan hacia otras formas de consumo, de pensar la ciudad, la alimentación, la agricultura y la naturaleza. Estos elementos, resignificados desde el paradigma de la sustentabilidad, exponen posibilidades de resistencia al actual modelo urbano desde estrategias de acción social colectiva, que reinventan lo político, enmarcadas en la agricultura urbana.

La agricultura urbana, interpretada de acuerdo con determinadas herramientas teóricas, puede entenderse como un escenario capaz de problematizar la cuestión de la satisfacción de las necesidades básicas, como herramienta contra la desagrarización cultural y la potenciación de formas de acción social colectiva hacia un paradigma de la sustentabilidad.

Cultural De-Agriculturalization, Urban Agriculture and Resistance in Favor of Sustainability

Accompanying the ongoing productive de-agriculturalization in rural areas is a spreading cultural de-agriculturalization affecting both rural and urban localities. Cultural de-agriculturalization leads to a deep alienation with regard to agricultural and biological processes involved in food production, and distances us from the productive reality that sustains the food system.

The process of urbanization has unfolded in a way that reinforces the urban-rural barrier, physically and functionally distancing the urban ecosystem from agriculture and the customs, traditions and knowledge of rural life. Yet underlying this there exist new approaches that point to other forms of consumption, ways of re-imagining the city, food, agriculture and nature. These approaches, in line with the paradigm of sustainability, come from collective social action strategies which reinvent politics within the frame of urban agriculture and propose possibilities for resistance to the current urban model.

Urban agriculture, construed in accordance with certain theoretical concepts, can be understood both as an arena capable of problematizing the issue of satisfaction of basic needs, and as a tool against cultural de-agriculturalization, empowering forms of collective social action in creating a paradigm of sustainability.

La huerta urbana. Parque de Miraflores (Sevilla).
Foto: María Roncel Martínez

DESAGRARIZACIÓN CULTURAL: MÁS ALLÁ DE LA DESAGRARIZACIÓN PRODUCTIVA

En la actualidad se está produciendo un proceso de desagrarización productiva en el medio rural, pero también y fundamentalmente se está extendiendo una desagrarización cultural que afecta a toda la población, tanto rural como urbana, puesto que comparten en gran medida el imaginario hegemónico sobre el desarrollo y el progreso.

La desagrarización proviene de un proceso histórico de modernización agraria y de emigración en los momentos de modernización e industrialización de la sociedad y la economía española que sustituía a la sociedad agraria tradicional (NAREDO, 1996). La Política Agraria Comunitaria (PAC) con sus criterios modernizadores y productivistas ha conducido a la concentración, intensificación y especialización dentro de la agricultura, "racionalizando" el sector a través de la competitividad, aunque corregida social y territorialmente por una nueva política de desarrollo rural europea que además incorpora, al menos formalmente, la dimensión de la sostenibilidad. Así, podemos hablar de una realidad dual, en la que el discurso oficial y más visible se remite a la ambientalización de la agricultura mientras que la realidad productivista es la que domina el terreno de las inversiones y la influencia política. Una agricultura dual que responde a "una Europa dividida entre una agricultura rural, aferrada a su territorio, y una agricultura 'industrial y urbana', deslocalizada y móvil" (MORMONT, 1994: 28), de una "agricultura dual: comercial y territorial" (REGIDOR, 1997: 233), de explotaciones viables y explotaciones marginales, de zonas desfavorecidas y regiones de agricultura industrializada (GARCÍA FERNÁNDEZ, 2004). Un mundo rural con nuevas funciones (LÓPEZ PASTOR, 1999; MARRÓN GAITE; GARCÍA FERNÁNDEZ, 2004; GARRIDO FERNÁNDEZ; MOYANO ESTRADA, 2004), nuevos actores (GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 2002) y nuevos intereses para la definición de la ruralidad, de la agricultura (ABAD; NAREDO, 1997) y del desarrollo (PÉREZ RUBIO, 2007), que conducen a la convocatoria por un "nuevo contrato social" (HERVIEU, 1997, 1995; RAMOS; RAMOS; ROMERO RODRÍGUEZ, 1995; PANIAGUA MAZORRA, 1997).

Asistimos a la reconstrucción del significado de lo rural, dominado por la incorporación de nuevos actores con nuevos intereses que provienen de la nueva sociedad post-industrial. Actores con referentes sociales medioambientalmente orientados y con un imaginario que identifica lo rural más con lo natural que con lo agrario (GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 2002; GÓMEZ BENITO; NOYA MIRANDA; PANIAGUA MAZORRA, 1996). Lo rural ha quedado incorporado a la problematización de la cuestión ambiental, mientras que la existencia de un nuevo clima social en torno a las cuestiones medioambientales, desde los movimientos sociales ecologistas y la creación de un paradigma de sustentabilidad desde la ciencia, ha llevado a la resignificación de la naturaleza -y por extensión de lo rural- y a las vinculaciones entre sociedad y medioambiente (BECK, 2001, BECK; GIDDENS; LASH, 2008; GARCÍA GARCÍA, 2004; REDCLIFT; WOODGATE, 2002). Por otro lado, la cultura posmoderna de las sociedades avanzadas conduce a la búsqueda de nuevas autenticidades y experiencias únicas sobre las que reconstruir identidades personales y colectivas. Todo ello hace que lo rural percibido como paisaje -más que como territorio- sea "consumido" con nuevas demandas y significados por parte de la cultura urbana que ha creado desde la distancia diferentes imaginarios sobre el campo, la agricultura, la producción de alimentos, la ruralidad, etc. (GONZÁLEZ FERNÁNDEZ; CAMARERO RIOJA, 1999). Un imaginario agrario de lo rural marcado más por las tendencias post-productivistas de los productos "locales, tradicionales, típicos o con denominación de origen" que por la nueva agricultura industrial, invisible en su producción pero incuestionable en los alimentos transformados del supermercado (HERVIEU, 1997; BOVÉ; DUFOUR, 2002).

La distancia -entre lo rural y lo urbano, entre la agricultura y la ciudadanía- y el tipo de acercamiento -turismo rural, consumo mediado por el sistema agroalimentario industrial- son elementos fundamentales en la percepción y el imaginario construido en torno a la agricultura y la ruralidad. Igualmente importante es la propia invisibilidad de la agricultura -productivista, intensiva, cada vez menos integrada en el uso del territorio y más en el uso de inputs externos, la agricultura cada vez más como negocio y menos como forma de vida-, dentro de una sociedad rural cada vez más



Parque de Miraflores (Sevilla). Foto: Arturo del Pino Ruiz

similar y con culturas e imaginarios más compartidos –a través de la educación, los medios de comunicación y los transportes–. Todo esto conduce a la creación de unos imaginarios sobre la producción de alimentos que poco tiene que ver con los modos de producción industrial que son efectivamente los que abastecen al sistema agroalimentario. Un sistema en el cual los consumidores estamos inmersos de manera habitual –a no ser que se busquen alternativas específicas de consumo– y que mantienen en cierto modo, dentro del desconocimiento de esos modos reales de producción, una imagen idealizada e idílica de la agricultura y de la ruralidad; una imagen basada en las imágenes tradicionales, en los recuerdos personales, en los nuevos acercamientos como turistas rurales, en los medios de comunicación pero también influidos por las estrategias de publicidad que pretenden otorgar una imagen de “naturalidad” y calidad a sus productos.

Este desconocimiento y la pérdida de interés y de referentes sobre la agricultura y la ruralidad es lo que aquí hemos llamado desagrarización cultural.

CIUDADES Y AGRICULTURA

A mediados del siglo XIX, se produce una transición en el diseño de las ciudades; si bien antes de la revolución industrial las ciudades se dibujaban desde un modelo más organicista, donde existía una integración de las actividades productivas en los asentamientos urbanos, a partir de este momento histórico aparece un modelo de ciudad, menos orgánico, menos integrado con su entorno natural con creciente aumento de la población y diseñado para las actividades administrativas e industriales (CAMARERO RIOJA, 1993). La industrialización favorece dicho crecimiento poblacional en detrimento de actividades agrarias, más ligadas al entorno y con una gestión de los recursos menos impactante. Durante el siglo XX la población urbana mundial aumentó muy rápidamente –de 220 millones a 2.800 millones– y en 2008, por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de la población humana vivíamos en ciudades –3.300 millones– (UNFPA, 2007). Siguiendo esta tendencia, la superficie de las zonas edificadas donde viven 100.000 o más personas podría

aumentar en un 175%. Esta ampliación del perímetro urbano conlleva pautas extensivas de ocupación del territorio hacia tierras productivas e irrupción en los ecosistemas adyacentes. El proceso de urbanización –como proceso de transición desde una sociedad rural hacia una sociedad más concentrada en ciudades– no queda libre de problemáticas sociales ni ambientales. En las ciudades se acumulan muchos de los más graves problemas que asolan a la humanidad o como dice Fernández Durán (2006) "las metrópolis son bulímicas" respecto a la gran demanda energética, de materiales, de alimentos, de capital, de servicios e infraestructuras y grandes generadoras de residuos, contaminación, gases efecto invernadero, pobreza, exclusión, marginación, individualismo, desestructuración, desempleo, insalubridad, etc. Los planes de remodelación y ordenación de las ciudades se han ido basando en un uso del suelo destinado a las infraestructuras de transporte, centros de poder, atracción de inversiones financieras especulativas, núcleos de concentración de servicios –seguros, financieras, banca, consultorías, tecnologías, etc.– desplazando así la inclusión y las relaciones de vecindad y la actividad productiva vinculada a la alimentación, priorizando las relaciones administrativas y empresariales destinadas al beneficio económico frente a las relaciones basadas en el apoyo mutuo destinadas a la realización de las necesidades básicas de las personas. Las "huellas ecológicas" que imprimen las ciudades del mundo y las desigualdades sociales alarmantes son un indicativo de la insostenibilidad del actual modelo urbano.

Ante este panorama, la planificación de los espacios dentro y alrededor de las ciudades es una clave para lograr una mayor sostenibilidad de los entornos urbanos; es necesaria, por tanto, una redefinición de las relaciones campo-ciudad y de las relaciones producción-consumo. Una de las herramientas con las que contamos es la agricultura urbana y periurbana. Según Mougeot (2001: 7), "la agricultura urbana está ubicada dentro (intraurbana) o en la periferia (peri-urbana) de un pueblo, una ciudad o una metrópoli, y cultiva o cría, procesa y distribuye una diversidad de productos alimentarios y no alimentarios, (re)utilizando en gran medida recursos humanos y materiales, productos y servicios que se encuentran en y alrededor de dicha zona, y a su vez provee recursos humanos y materiales,

productos y servicios en gran parte a esa misma zona urbana". Encontramos espacios cultivados en parques, solares, azoteas, terrazas o en las áreas colindantes, en los límites municipales o en pueblos de alrededor de las ciudades. Más allá de la ubicación, más o menos integrada en la ciudad, lo que caracteriza a la agricultura urbana es su "integración con el sistema económico y ecológico urbano" (MOUGEOT, 2001) acercando física y funcionalmente la agricultura al ecosistema urbano. Desde esta práctica la ciudad se entiende de forma holística, como un sistema integral de conjunción social, cultural, territorial, económica y política. La agricultura urbana complementa a la agricultura rural en términos de abastecimiento de alimentos y genera flujos de mercado alternativos desde los propios barrios; supone un ahorro energético y económico con respecto al transporte al reducir la distancia entre los espacios de producción y consumo. Interviene en el ámbito urbano dando uso agrícola a suelo que no estaba destinado para tal fin con lo que redistribuye la planificación urbanística y propone una nueva forma de ordenar el territorio. La agricultura urbana tiene una serie de beneficios potenciales que superan la producción de alimentos: mejora la salud, fortalece la comunidad y alivia impactos ambientales (VILJOEN; BOHN, 2006); pero aún va más allá al dotar de diseños multifuncionales al suelo urbano y periurbano (FLEURY, 2006) que combinen la generación de sistemas locales de alimentación con espacios para la conservación de la biodiversidad y con la apertura de áreas útiles para la ciudades donde primen usos recreativos, educativos, culturales y comunitarios. Esta potencia de la agricultura urbana puede revertir en la interconexión de espacios abiertos urbanos con paisajes ecológicamente productivos, cuya herramienta de diseño es el Paisaje Urbano Productivo Ininterrumpido (VILJOEN; BOHN, 2006); esta estrategia de planificación urbana para la construcción de ciudades más sostenibles es una novedosa propuesta que facilita la reconexión con lo agrario, que revincula la vida a los procesos necesarios para mantenerla y reproducirla. Vista así, la agricultura urbana puede ser una herramienta potencial contra la desagrariación cultural, llevando ritmos, usos, costumbres, conocimiento propios del campo a la ciudad. El desarrollo a escala humana de las ciudades permite la adaptación del uso de los recursos a las necesidades de las personas y devuelve la responsabilidad comunitaria a los barrios y pueblos.

AGRICULTURA URBANA EN ANDALUCÍA

En la ciudades andaluzas podemos encontrar varios modelos de implementación de la agricultura urbana y periurbana en función de su escala de producción, su ubicación, su articulación producción-consumo y sus principios u objetivos: a) la agricultura productiva en huertas tradicionales que se insertan en canales convencionales de distribución y que están amenazadas por los procesos de urbanización y especulación urbana; b) los huertos ecológicos de ocio como expresión de nuevas necesidades y usos para el territorio; y c) diferentes formas de "agricultura urbana militante", como las cooperativas agroecológicas de producción y consumo, u otros intentos de apropiación del territorio urbano a través de la agricultura, que nacen problematizando los procesos urbanos y el actual modelo de ciudad y proponen una praxis que reincorpora la agricultura al espacio urbano.

Huertas profesionales

Los cambios en la actividad agraria orientados por la modernización han llevado a la ruptura entre las ciudades y lo rural-agrario. Sin embargo, esa distancia física y social no siempre ha sido tan grande. El modelo tradicional de ordenación del territorio, aprovechando los criterios de asentamiento histórico sobre la fertilidad de la tierra, clima benigno y disponibilidad de agua, poseía actividad agraria hasta penetrar casi en la propia ciudad. Lo rural y lo urbano estaban íntimamente unidos: el territorio estaba ocupado por lo rural-agrario, interrumpido por las ciudades que aparecían como islas rodeadas de agricultura, aunque la hegemonía y la dirección del modelo de desarrollo fuese el marcado por el poder urbano-industrial. Las ciudades poseían un cinturón de huertas inmediato a ellas que las suministraban de verdura fresca; pero estas huertas poco a poco se fueron viendo absorbidas por el crecimiento de la ciudad: tras un período de convivencia la solución era la desaparición o la retirada hacia zonas mas alejadas de los edificios. El mismo proceso continúa en la actualidad en aquellos casos en que no se ha llegado a la supresión completa de este primer cinturón agrícola; las ciudades se han extendido hasta absorber el segundo cinturón agrario basado en los cultivos extensivos o los leñosos,

e incluso, las grandes capitales llegan a absorber los pueblos cercanos convirtiéndose en conurbaciones. Grandes extensiones de terreno alrededor de las ciudades dejan de cumplir su función agraria convirtiéndose prácticamente en "des-campados", a la espera de la llegada de la ola urbanizadora que dé máxima rentabilidad al recurso tierra más allá de su función agraria natural.

Pese a todo, existen reductos alrededor de algunas ciudades que mantienen la actividad productiva de las huertas. El caso paradigmático son las huertas sevillanas que resisten a duras penas la presión modernizadora -social y agrícola- y el "tsunami urbanizador" (FERNÁNDEZ DURÁN, 2006). En la actualidad, la Oficina del Plan Sevilla (OPS, 2006) reconoce la existencia de 5.104 hectáreas de uso rural-agrario (agrícola, ganadero y edificaciones agrarias), que suponen un tercio de la superficie total municipal y "desempeñan una importante función territorial" (OPS, 2006: 10); de esas cinco mil hectáreas, la mitad está situada en la parte norte de la ciudad, con suelos de gran calidad, en donde se ubican unas 280 hectáreas destinadas a las que son las últimas huertas sevillanas. Estas huertas son fronterizas con la ciudad y están separadas de ella únicamente por el hito de la carretera de circunvalación Ronda "super-norte". Las principales zonas de huerta corresponden a los enclaves de Aeropuerto Viejo, Las Casillas, Camino de la Reina, El Gordillo, Valdezorras y carretera de La Algaba (Tercia). Sin embargo, el Plan General de Ordenación Urbanística (PGOU) contempla la transformación de los usos del suelo, significando la destrucción irreversible del ochenta por ciento de la superficie de huertas que estamos considerando.

Ante este panorama de desagrarización productiva y cultural, junto al proceso de expansión de la ciudad, el futuro de este tipo de agricultura urbana parece abocado a su desaparición. El PGOU certifica y promueve el modelo de desarrollo hegemónico que da la espalda al paradigma de la sustentabilidad profunda. A la vez que estas huertas encuentran las mismas dificultades que el resto de la agricultura rural, aunque con el agravante de la influencia social y económica de la ciudad. A falta de un proyecto global de transición agroecológica, estas huertas parecen condenadas. Sin



Jornadas universitarias sobre agricultura urbana en Sevilla.
Foto: David Gallar



Sevilla desde la agricultura urbana.
Foto: David Gallar



Luchando por el Parque Alcosa y los huertos urbanos (Sevilla). Foto: David Gallar

embargo, no faltan personas y colectivos que traten de defender esta agricultura urbana, desde diferentes ópticas pero todas vinculadas a una concepción amplia de la sustentabilidad. Personas y colectivos que surgen de las propias huertas pero también otras que surgen desde la ciudad. Más aún, cabe decir que la resistencia y la reivindicación de ese espacio de agricul-

tura urbana -paisaje, territorio, modo de producción, forma de vida, etc.- tiene un alto componente urbano y vinculado al movimiento vecinal, ecologista y otras tendencias de los movimientos sociales urbanos.

Por tanto, huertas profesionales en declive, pero que además de mantener la actividad productiva, los co-

nocimientos campesinos, variedades de cultivo y una forma de vida, mantienen un paisaje y un referente agrario directo dentro de la ciudad. Se erigen en un campo -físico y sociológico- con capacidad de suponer un referente simbólico e imaginario -tan cerca, pero a la vez tan lejos de la ciudad- y que usar en los procesos de reinención de la agricultura, en el paradigma de la sustentabilidad y en la redefinición de las necesidades básicas a través de procesos sociales alternativos. Referente necesario para la articulación de redes con esas otras experiencias de "agricultura urbana" que tratan de acercarse a la realidad productiva local en busca de alimentos, conocimientos, semillas y tierras, pero también buscando realidades palpables que sustenten el discurso del paradigma ampliado de la sustentabilidad que se construye en las iniciativas de consumo, formación y concientización de los movimientos urbanos de "agricultura urbana" desde la óptica de la ecologización de la agricultura y del modelo de desarrollo. Estos movimientos urbanos junto a las asociaciones vecinales locales han potenciado la reivindicación y visibilización de estos espacios a través de protestas, estudios, jornadas y visitas -alegaciones al PGOU, estudio realizado por una cooperativa de educación ambiental (Enjambre Sin Reina, DIAGNÓSTICO, 2007), informe de Ecologistas en Acción (MOLERO CORTÉS; SOLER MONTIEL, 2008), Jornadas de Huertas Abiertas, jornadas *Las huertas amenazadas. Jornadas de reflexión social sobre la huerta urbana, tradicional y de ocio* (Ecologistas en Acción y Huertas Urbanas de Sevilla, 2008), etc.

Huertos de ocio

También es en Sevilla donde podemos encontrar una alta presencia de este tipo de agricultura que ocupa parte de los parques de Miraflores, San Jerónimo, Parque Alcosa y Torreblanca. Son esos movimientos vecinales y ecologistas los que promueven el siguiente tipo de agricultura urbana que aquí consideramos: los huertos de ocio en los parques de la ciudad. Proyectos que surgen de luchas vecinales o del movimiento ecologista contra un modelo urbanizador y a favor de un tipo de barrio con espacios verdes, generadores de espacios de convivencia y de valores alternativos entre la ciudadanía del barrio y de la ciudad en su conjunto. Proyectos que mantienen una relación am-

bigua con el poder local, a quien cuestionan pero a quien necesitan y del que se aprovechan a la vez que son amenazados por ese mismo poder. En los años 80 aparece la lucha vecinal del barrio de Miraflores -a las afueras de la ciudad, cerca de la franja de huertas profesionales, pero también cerca de uno de los polígonos industriales- para lograr la rehabilitación de una escombrera y su transformación en un espacio verde acondicionado y con la incorporación de parcelas de cultivo de agricultura ecológica para los vecinos. El caso de Parque Alcosa es similar en su lucha vecinal por el logro de un espacio verde para el barrio y en su lucha por un modelo de ciudad y urbanismo alternativo. En cuanto al caso de San Jerónimo, surge a partir de un miembro de Ecologistas en Acción que, preparando un trabajo académico de agronomía, propone la creación de los huertos de ocio, lo que se logra a través de un convenio entre la asociación y el ayuntamiento. Por último, los huertos de Torreblanca nacen también de un movimiento vecinal histórico que aprovecha la convocatoria de los presupuestos participativos para la implementación de un programa de huertos urbanos que añadir a las múltiples actividades de animación sociocultural y asociacionismo vecinal del barrio.

La estructura básica de los proyectos de huertos de ocio es común a las cuatro experiencias: se acota una zona del parque y se organiza por parcelas de igual tamaño -dentro de cada experiencia, pero diferente entre parques, puesto que varía desde unos 40 metros cuadrados en Miraflores hasta los 80 metros cuadrados de San Jerónimo-, que cultivan durante un plazo determinado -dos años, normalmente- de acuerdo a los criterios de agricultura ecológica y destinadas al autoconsumo -está prohibida la venta de la cosecha- de los solicitantes -que pueden ser colectivos o individuales-. De forma gratuita o con un coste muy pequeño, los "nuevos agricultores" reciben asesoramiento técnico sobre técnicas básicas agronómicas y específicas de agricultura ecológica, a la par que se encargan del mantenimiento de las instalaciones y las zonas comunes. "Nuevos" agricultores -fundamentalmente hombres-, que pasan en su gran mayoría de los 65 años y de los cuales muchos han tenido experiencia en las labores agrarias en su infancia o juventud -al ser fruto del proceso de emigración del campo a la

ciudad en la modernización de la agricultura y de la sociedad-. "Nuevos agricultores" porque otra parte de usuarios son jóvenes o gente sin ninguna vinculación previa con la agricultura.

La base de estos proyectos está en la parte agronómica, en el acto de cultivar, pero esto conlleva muchos otros elementos de organización social. Por ejemplo, los distintos grados de autogestión y vinculación con técnicos agronómicos y vecinales son herramientas nuevas para muchas personas; la formación ofrecida sobre agricultura ecológica incluye concepciones amplias de la agricultura, la sustentabilidad, la contaminación, la salud, etc.; se participa voluntariamente, y a veces hasta casi "sin darse cuenta", en la recuperación de variedades tradicionales en peligro de desaparición a través de acuerdos con la Red Andaluza de Semillas; la convivencia y auto-reconocimiento en las "fiestas de la cosecha" generan espacios de sociabilidad muy fuertes; etc. Así pues, esta forma de ocupación del espacio a través de las parcelas de cultivo genera un uso significativo y denso de éste en parques usados básicamente por los vecinos del barrio. Se genera así un espacio de comunidad, muy alejado de los "no lugares" de la sobremodernidad urbana (AUGÉ, 2000), en los que la agricultura ecológica es el objeto de acción con sus vinculaciones con respecto a la alimentación, la ecología y los imaginarios y la recreación de identidades personales que se efectúan en la cotidianidad del cuidado de la huerta. Es decir, las personas encargadas de la gestión técnica y agronómica de los proyectos incorporan una versión ideológica y problematizadora de la agricultura ecológica y el sentido de los huertos, a la vez que entre los hortelanos se genera una práctica comunitaria cargada de valores y sociabilidad; posiciones que se hibridan y alimentan mutuamente de cara a la acción social: más militante o más cotidiana, pero con referentes diferentes de los que poseen barrios y personas que no tienen acceso a esos espacios de agricultura urbana.

Cooperativas agroecológicas

Las cooperativas agroecológicas son iniciativas colectivas y autogestionadas que proponen un modelo alternativo de producción, distribución y consumo. Ac-

tualmente en Andalucía existen cuatro cooperativas agroecológicas: La Acequia y La Rehuerta (Córdoba), Hortigas (Granada) y Crestas y Lechugas (Sevilla)². Estas experiencias colectivas hablan desde una crítica al actual sistema agroalimentario expresada en el poco margen de decisión y control sobre la alimentación que tienen las personas y en los desequilibrios que provocan la lógica de la producción industrial y los procesos de mercantilización (SOLER MONTIEL; CALLE COLLADO, en este libro). Emergen problematizando los procesos de desarrollo urbanístico del actual modelo de ciudad y su expansión espacial más allá de las fronteras de lo metropolitano.

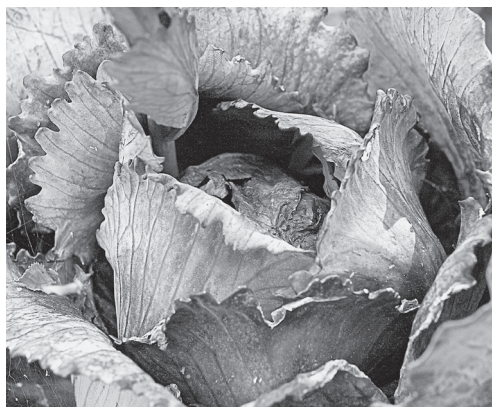
A partir de este contexto las cooperativas agroecológicas, con una fuerte componente militante y política en su discurso y su modo de hacer, proponen una praxis que intenta reincorporar la agricultura a lo urbano, construyendo relaciones sociales y económicas desde la proximidad, la cotidianeidad y la autogestión en clave de realización de necesidades básicas definidas colectivamente y no vinculadas al beneficio económico (VÁZQUEZ MERÉNS; PÉREZ NEIRA, 2008; LÓPEZ GARCÍA; BADAL PIJUÁN, 2006; LÓPEZ GARCÍA; LÓPEZ LÓPEZ, 2003). Se trata de "ruralizar la ciudad en el sentido de reintroducir usos y lógicas campesinas del territorio y devolver el espacio a una 'escala humana' en donde se fortalezcan las comunidades locales" (LÓPEZ GARCÍA; LÓPEZ LÓPEZ, 2003: 62). Intentan armar otro tipo de modelo de gestión de la alimentación basado en la cooperación social, la participación, la democracia "desde abajo" y en flujos no mercantiles. Si bien es cierto que dentro de cada una de estas experiencias hay distintos niveles de implicación, de militancia, distintos intereses y formas de encarar la crítica social desde este tipo de colectivos sociales.

Las zonas de cultivo ocupan espacios periurbanos, compartiendo el espacio con las huertas profesionales aunque luchando contra los procesos de urbanización, especulación o abandono. De esta forma se intenta recuperar la multiplicidad de usos del suelo: para producción agrícola diversificada, encuentros sociales, ocio y paisaje. Practican un manejo agroecológico de los recursos naturales -con especial atención a la biodiversidad cultivada, incluyendo prácticas culturales y recuperación de semillas tradicionales a través de ban-

cos de semillas propios- para obtener una producción de, principalmente, verduras y hortalizas, que son distribuidas y consumidas por la colectividad que conforma las cooperativas. El sistema de distribución es conocido como "cestas básicas", que en este caso, son lotes -de diversos productos de temporada- resultantes de la división de la cosecha semanal en partes iguales para sus integrantes. Toda la producción semanal es repartida, evitando así la obtención de excedentes. El valor monetario de la cesta se decide colectivamente y no depende de la cantidad de verdura recibida sino que es una aportación, en forma de cuota, para posibilitar el sostenimiento del proyecto. Es un intento de integrar y de generar intereses comunes y no contrapuestos entre la producción y el consumo; una forma de economía solidaria. Esta reversión de la lógica del precio y de los excedentes a fin de evitar la acumulación de capital genera un sustrato para establecer la base de la relación económica "producción-consumo" en el apoyo mutuo y en la confianza y no en el beneficio económico a costa de necesidades básicas. Como iniciativas sociales, proponen una práctica de la democracia apostando por la horizontalidad en la toma de decisiones -asambleas, decisiones por consenso-, por un funcionamiento en pequeños grupos -comisiones, grupos de consumo, grupos de producción- y por una comunicación cotidiana y retroalimentación cíclica "grupos-asamblea-grupos", con efecto multiplicador y participante. El sistema se basa en un compromiso adquirido por todos los cooperativistas: una gestión conjunta y una corresponsabilidad, tanto en la producción como en el consumo. En la mayoría de las cooperativas, el trabajo agrícola es asumido por un grupo específico el cual es retribuido por su labor -independientemente de la producción-, y los consumidores se integran en grupos de consumo dentro de una red de distribución local, de proximidad -principalmente de los barrios urbanos-. Hay una intención de cambiar la forma de vivir las relaciones económicas y de entender la agricultura y la alimentación llevando los ciclos naturales a la mesa de los miembros del colectivo modificando sus hábitos de consumo, involucrándose en la producción desde el manejo colectivo de la huerta hasta la planificación agrícola, posibilitando el consumo de productos ecológicos a personas con menos recursos, promoviendo la participación política, la reflexión crítica y la acción colectiva.



Lechuga de la huerta de Crestas y Lechugas (Sevilla). Foto: Blanca Martínez Infantes



Una tarde en La Rehuerta (Córdoba). Foto: Marcos Luque



"Las mariquitas son insectos beneficiarios para nuestro huerto porque comen pulgones, así que si vemos bichitos de estos en la huerta hay que cuidarlos". Fuente: Crestas y Lechugas. Foto: Blanca Martínez Infantes

Por tanto, estas experiencias son una forma de mitigar la desagrarización cultural y productiva, creando ciertos vínculos entre lo rural y lo urbano, sumando prácticas de agricultura ecológica, a la vez que son un espacio de cuestionamiento del modelo social y de problematización práctica sobre las necesidades básicas. Pero no son las únicas formas de agricultura urbana que plantean una crítica social directa. Por ejemplo, también en Sevilla, existe un colectivo creado en torno a la ocupación de un solar abandonado en uno de los barrios más céntricos de la ciudad: la Huerta del Rey Moro. Son personas menores de cuarenta años en su mayoría y vinculadas a movimientos sociales, vecinales y ecologistas -incluyendo, evidentemente, la reivindicación de las huertas profesionales, la promoción de los huertos de ocio y la participación en las cooperativas agroecológicas-, que se unen contra el modelo urbanístico, la especulación, la falta de espacios verdes, el sistema agroalimentario, y "construyen" un espacio social abierto al barrio, a las actividades de educación ambiental y como punto de encuentro de colectivos críticos, en el que existen algunos banca-

les destinados a huertos escolares y algunos más para quienes se incorporen al colectivo.

Otra forma de agricultura urbana incipiente es la agricultura en las terrazas y balcones. Una práctica poco extendida, y en un principio, más orientada como afición que como alternativa. Aunque está poco organizada como movimiento social crítico, existe un incipiente intento de coordinación y conexión entre diferentes proyectos andaluces y nacionales a través de la Red de Permacultura Ibérica³.

AGRICULTURA URBANA: PROBLEMATIZANDO LAS NECESIDADES BÁSICAS

La desagrarización cultural responde y conduce a un distanciamiento profundo con respecto a los procesos biológicos y sociales involucrados en la producción de alimentos. De manera concreta y cercana, esta desagrarización cultural nos sitúa en un contexto de alienación sobre nuestra alimentación, sobre el



7 días de lucha social. Agroecología, por el derecho a una alimentación digna. Foto: Edu León

origen y los modos de producción de la comida que cocinamos y consumimos tres veces todos los días de nuestra vida, con la que celebramos y compartimos penas y alegrías junto a nuestros semejantes. Significa desvinculación con respecto al medio rural, territorio de producción de alimentos y de cultura. Además, este distanciamiento con respecto a la agricultura nos aleja de uno de los vínculos esenciales de la especie humana con la naturaleza, con los procesos ecológicos. En última instancia, invisibiliza que, entre otras, las personas tenemos que satisfacer algunas condiciones para nuestra subsistencia porque compartimos en tanto que animales unos mínimos de energía endosomática y un hábitat sano; e invisibiliza que la alimentación, como forma y acto de satisfacer la subsistencia, tiene un origen ecológico que depende de las condiciones biofísicas de un agroecosistema, y del ecosistema en su conjunto, y que, además, requiere de un conocimiento específico acumulado durante miles de años en el proceso de domesticación de plantas y animales. La desagrarización cultural es producto de la sociedad moderna,

y compañera de la nueva sociedad, supuestamente, post-industrial, post-materialista y posmoderna en la que las formas de satisfacer las necesidades básicas han sido redefinidas.

Al hablar de necesidades básicas, aquí adoptamos la perspectiva de Manfred Max-Neef sobre las necesidades básicas universales dentro de un modelo de "desarrollo a escala humana" (MAX-NEEF, 1993). Por necesidad básica nos referimos a aquellas dimensiones que nos permiten reproducir nuestras vidas, es decir, elementos fundamentales que atañen a nuestra construcción biológica, psicoemocional y social, evitando nuestra (auto)destrucción. Dichas necesidades son compartidas por todas las culturas, tienen un carácter de universalidad; son las formas de satisfacer dichas necesidades las que presentan una diversidad histórica y cultural. La concepción de las necesidades básicas como motores de compromiso, motivación y movilización de las personas implica una potencialidad y, entendidas así, como potencial, individual o colectivo, son recursos para generar dinámicas de desarrollo.



7 días de lucha social. Agroecología, por el derecho a una alimentación digna. Fotos: Edu León

Se concretan en nueve las necesidades consideradas como universales: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, libertad e identidad. La expresión de estas necesidades es lo que Max-Neef denomina "satisfactor", el cual puede modificarse a lo largo de la historia y diversificarse entre y dentro de las culturas.

La alimentación, entonces, sería un satisfactor, principalmente de subsistencia, aunque la estructura social o las maneras de abordar una alimentación pueden dar lugar a la realización de diversas necesidades simultáneamente, así la cooperación social para generar alimento realiza, además, necesidades como la participación, la identidad y la creación. El grado de multidimensión del satisfactor, y su carácter sinérgico a la hora de realizar necesidades, es un elemento a buscar desde los actores que proponen sistemas agroalimentarios alternativos de escala humana. La generación de nuevas formas de convivencia en red responde a la creación de espacios y relaciones con las que realizar, de forma más directa posible, el conjunto universal de necesidades básicas, lo que Calle ha denominado "cultivos sociales" (CALLE COLLADO, 2008).

Las acciones colectivas de agricultura urbana aquí presentadas pueden avistarse como procesos que caminan en contra de una desagrarización cultural desde la perspectiva de considerarlas un conjunto de modelos cuyas bases trascienden lo agrario y los esquemas de relación entre producción, distribución y consumo para revelar respuestas ante un conjunto de situaciones que afectan gravemente a la calidad de vida: la desconexión entre las personas, la desvinculación de la naturaleza y sus ciclos, la desatención a los cuidados -alimentación como mercancía y no como un bien-, la dependencia y la falta de autonomía. Determinadas características de estas iniciativas hacen que lo que podría convertirse en una mera actividad productiva sea en su conjunto una actividad que permea hacia la realización de otras facetas vitales, apuntando formas de hacer, de ser y de estar que estimulan la participación, la creación o el entendimiento en esferas identitarias de libertad. Se convierte, así, en una acción sinérgica de desarrollo humano potenciadora de la satisfacción, no de una sino de varias necesidades

humanas. Una aproximación a estas características que empapan las prácticas de estas experiencias -si bien no todas las encontramos en todas las iniciativas ni con la misma prioridad- podría presentarse bajo una serie de principios -conscientes o no- (VÁZQUEZ MERÉNS; PÉREZ NEIRA, 2008; LÓPEZ GARCÍA; LÓPEZ LÓPEZ, 2003) como:

- La cooperación y la corresponsabilidad, que se cimentan en el apoyo mutuo y en la participación de unos intereses comunes y no contrapuestos más allá de los intereses de mercado; no media el precio -o al menos, no sólo- ni la implementación de servicios externos la vecindad sino un conocimiento de las necesidades, posibilidades y capacidades y una asunción de tareas, riesgos y responsabilidades.
- La autogestión y la autoorganización, que sustentan una mayor independencia y autonomía funcional, estructural y política.
- La participación y la democracia, apoyadas en prácticas más horizontales en la toma de decisiones -asambleas, consensos, pequeños grupos, etc.- y en procesos de generación de propuestas plurales "desde abajo" como democracia directa y radical.
- La "reticularidad" y la proximidad, afianzando relaciones basadas en la confianza mutua y en un esfuerzo por vincularse con las personas y con la realidad; se generan estructuras complejas de acción y resolución cuya característica no es lo piramidal sino lo reticular, la dispersión nodular -enredándose incluso con otros proyectos y movimientos sociales-, lo que permite la creación de espacios más libres, comprensivos y generadores.
- La sostenibilidad y la adecuación de la escala, que mucho tiene que ver con un reconocimiento de los límites de la naturaleza y con la bonanza de las relaciones; se trata de la transición de un manejo industrial de los recursos -agricultura intensiva, agroquímicos, ruptura de ciclos, pérdida de biodiversidad y de diversidad cultural, intereses mercantiles, etc.- a una agricultura donde se prime un manejo ecológico de los recursos naturales que permita sustentar la producción de alimentos y los ecosistemas adyacentes; la apertura de espacios infrautilizados como lugares colectivos de encuentro y relación social, de iniciativa y gestión ciudadana; la generación de circuitos cortos de comercialización y de siste-

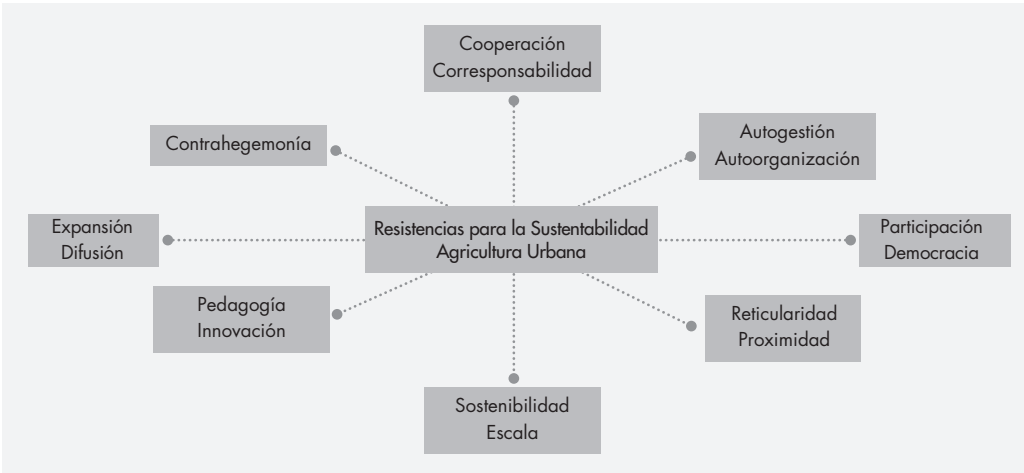
mas de garantía social participativa son prácticas que caminan de la mano de otro tipo de manejo de la naturaleza, del desarrollo rural-urbano y de una sostenibilidad social.

- El proceso pedagógico y el principio de innovación; las experiencias como escuelas de ciudadanía en las que se denuncia la lógica capitalista y las consecuencias de la mercantilización en las personas y los entornos; la consciencia y la comprensión de esta realidad permite saltar a una dimensión transformadora y generar conciencia de comunidad donde las vivencias dan paso a la creatividad y la acción, "deconstruyendo" prácticas y valores inculcados desde el neoliberalismo; estas experiencias son en sí espacios donde afrontar el encuentro y el conflicto, en cuyo caso las metodologías participativas abren espacios de diálogo y reflexión; a su vez son escuelas de lo agrario que permiten la revinculación con los procesos biológicos, con los ciclos naturales, ya que se deja de ser totalmente ajeno al origen de los alimentos, a su forma de producirlos y a las gentes que los producen.
- El principio de expansión y la difusión que se expresan en la recuperación de espacios tanto rurales como urbanos y en el espíritu multiplicador de estos proyectos, sirviendo como referencia a otros y potenciando otras iniciativas.
- La contrahegemonía desde el cuestionamiento del control de la necesidad de subsistencia por parte del sistema agroalimentario globalizado y la recupera-

ción de los satisfactores para la realización de las necesidades humanas como resistencias cotidianas en la consecución y producción del alimento; dispersión del poder frente a su concentración, fomento de la horizontalidad y recuperación del papel de motor e impulsor frente a la administración pública.

RESISTENCIAS PARA LA SUSTENTABILIDAD: FORMAS DE MIRAR LA AGRICULTURA URBANA

La sociedad industrial lleva tiempo viéndose acosada por su propio éxito y amenazada por sus propias herramientas, por lo que empieza a devenir en una "modernización reflexiva" que trate de manejar la cantidad de conocimiento teórico y aplicado que genera la modernidad. La modernidad se desarrolló enfrentándose y tratando de dominar a la naturaleza, asumiendo que los recursos naturales eran ilimitados; sin embargo, al final se ha tenido que reconocer que la cuestión ambiental debe ser un elemento esencial en el modelo de desarrollo puesto que compromete el propio futuro social. La imagen fotográfica del planeta tierra tomada desde el espacio supuso un hito en la visibilización de los límites y dimensiones del lugar en que habitamos, pero también los excesos de la modernización han contribuido al despertar de la "conciencia ambiental": la "sociedad del riesgo" y los peligros nucleares, las crisis alimentarias, el cambio climático, etc. son fruto de esta modernidad (BECK,



Principios básicos de las Resistencias para la Sustentabilidad. Fuente: Elaboración propia



Parque de Miraflores (Sevilla). Foto: Arturo del Pino Ruiz



Huerta del Rey Moro (Sevilla). Foto: Arturo del Pino Ruiz

2001). El hecho de que, en cierta medida, los efectos negativos se hayan universalizado –sin que la riqueza o el poder personal puedan servir de protección contra la lluvia ácida, el cambio climático, la radiación nuclear, etc., pese a que la distribución de los riesgos concretos siga siendo desigual de acuerdo a la clase social, la raza o el género y sigan siendo deslocalizados de acuerdo a la posición en el sistema-mundo– ha servido para que la cuestión ambiental ocupe un lugar protagonista en la agenda política formal. Sea como efecto de los excesos de la modernización, como efecto de la mayor visibilidad de los mismos o por una reconfiguración de los estándares de peligro ambiental, asistimos a un proceso de construcción social de la naturaleza, del medio ambiente y, por tanto, de la ciudad. Asistimos, pues, a una lucha por la definición social de la realidad ambiental y a las herramientas necesarias para manejar sus consecuencias: es decir, la lucha por la hegemonía y la imposición del modelo de desarrollo –local y global–.

En este sentido, la supervivencia de formas de agricultura tradicional en algunas ciudades es una “anomalía” permitida hasta ahora por la subsunción de modelos de desarrollo, el ritmo de incorporación al desarrollo y por la existencia de otras zonas de ampliación de la ciudad. Sin intenciones de idealizar los rasgos “pre-modernos” o “anti-modernos”, la mera existencia de este paisaje agrario y las distintas formas de agricultura urbana representa un aporte de sostenibilidad ante la huella ecológica de las ciudades actuales y un añadido sociocultural en la vinculación con los procesos ecológicos y agrarios, y la construcción de imaginarios urbanos –y rurales, por extensión– alternativos.

Aprovechamos, así, el objeto “agricultura urbana” para enfrentar el modelo de desarrollo actual de la sociedad en su conjunto –y de la ciudad específicamente– con diferentes corrientes teóricas que incorporan la cuestión ambiental como un hecho social que condiciona las propias formas sociales y, por tanto, es objeto de lucha política sobre su definición y manejo. La agricultura urbana nos sirve como objeto con el que probar distintos enfoques para analizar diferentes procesos sociales y formas de acción social colectiva que –de manera reflexiva o no, consciente o no– ubican –al menos parte de– su campo de acción en la ecología política.

En un contexto general de incorporación por parte de la política, de los medios de comunicación y de la opinión pública de la “cuestión ambiental” y con cada vez más grupos de presión, opciones de negocio del “capitalismo verde”, movimientos ecologistas de diverso tipo y agrupaciones de consumidores, podemos decir que la cuestión ambiental está realmente presente en la arena política, social, económica y cultural.

Uno de los conceptos que ha ayudado a ello ha sido el de “sociedad del riesgo” de Ulrich Beck. En ella, plantea Beck, pueden aparecer nuevas formas políticas de acción –por ejemplo, con un objeto medioambiental de reclamación– que desbordan los límites de la política institucional, pasando a crear nuevas formas de “subpolítica” (BECK, GIDDENS, LASH, 2008: 27-73); formas que pretenden hacer político lo que antes no era político, interviniendo en ámbitos que hasta ahora eran de la política profesional o de las estructuras e instituciones económicas –aunque estas estructuras y élites puedan quedar sin ser cuestionadas prácticamente–. En el contexto de “modernidad reflexiva” (BECK, GIDDENS, LASH, 2008; BECK, 2001) se dan las condiciones para que exista una nueva forma de organizar las identidades y las formas de acción social colectiva, traspasando las antiguas líneas maestras de estructura social –izquierda-derecha políticas, clases sociales, urbano-rural, Estados, género, edad...– para crear nuevas uniones de intereses e identidades: “bajo el ‘techo’ de los riesgos surgen comunidades a pesar de los contrastes: para evitar las amenazas que proceden de la energía nuclear, de la basura tóxica o de la destrucción de la naturaleza, los miembros de diversas clases, partidos, grupos profesionales y grupos de edad se organizan en iniciativas ciudadanas (...) En este sentido, la sociedad del riesgo produce nuevos contrastes de intereses y una novedosa comunidad de amenaza, cuya solidez política está aún por ver (...) Las sociedades del riesgo no son sociedades de clase, eso aún es demasiado poco. Contienen en sí una dinámica de desarrollo que hace saltar las fronteras y es democrática de base, y que además obliga a la humanidad a unirse en la situación de autoamenazas civilizatorias” (BECK, 2001: 53). Estas potenciales y provisionales “comunidades de los riesgos”, “comunidad del miedo”, son una forma de encarar colectivamente los nuevos problemas desde nuevos puntos de vista y nuevas for-

mas de entender la sociedad -en las que anclar no sólo el miedo sino también las alegría y las ilusiones, las elecciones positivas y negativas a favor y en contra de un tipo de sociedad-. Sin embargo, esta visión de los nuevos movimientos sociales o las potenciales formas de intervención social dependen, como no podía ser de otro modo, de la capacidad de visibilidad y de articulación de los peligros que amenazan de forma concreta a un grupo: "las coaliciones con los grupos más diversos y procedentes de las situaciones más diversas son acordadas y disueltas de una manera puntual, específica de las situaciones y de los temas y muy cambiante (...) En este sentido, las coaliciones son asociaciones con un fin que dependen de la situación y de las personas en la lucha individual por la existencia en los diversos campos de batalla dados socialmente" (BECK, 2001: 128).

Más allá de las interesantes líneas de fuga que ofrece Beck y su concepción de la "modernización reflexiva", nos interesa profundizar en la reinención de la política desde planteamientos que recojan la radicalidad de un paradigma extenso de sustentabilidad; nos interesa valorar la apuesta -desde un discurso preocupado por la cuestión ambiental- por el reconocimiento de un cuestionamiento de las certidumbres y la eclosión de discursos latentes o que se están forjando en nuevos sujetos sociales no "convencionales": "por debajo y detrás de las fachadas del antiguo orden industrial, que en ocasiones todavía están rutilantes, tienen lugar cambios radicales y nuevas rupturas, no de forma completamente inconsciente, pero tampoco plenamente consciente. Estos cambios podrían compararse a un personaje colectivo ciego sin bastón ni perro, pero con olfato para saber lo que es personalmente correcto e importante y que como tal, si se generaliza, no puede ser totalmente falso. Esta no-revolución semejante a un ciempiés está en marcha. Se expresa en el ruido de fondo de las disputas en todos los niveles y en todas las cuestiones y grupos de discusión, en el hecho, por ejemplo, de que ya nada 'se dé por sobreentendido' (BECK, 2001: 37-38).

De todos modos, para que se puedan ir forjando nuevos sujetos sociales, un "nosotros", parece que ha de haber algo más que una mera confluencia de intereses: la comunidad -más vinculada a la noción de *ge-*

meinschaft- existe -como algo más que una asociación de individuos atomizados- a condición de tener "prácticas básicas compartidas, significados compartidos, actividades rutinarias compartidas implicadas en la consecución de significado" (BECK, GIDDENS, LASH, 2008: 182). Es decir, según Lash, a través de una ardua discusión filosófica y sociológica, el "nosotros" no puede ser derivado del "yo", no se puede derivar la comunidad del individuo. De ahí que proponga el marco teórico de Pierre Bourdieu para identificar un sujeto social con un anclaje comunitario: "En la concepción de Bourdieu, quien desarrolla la lucha no es la clase (o la fracción de una clase) concebida como actor colectivo, con sus presunciones de conciencia y el acto unitario abstracto vinculados a ella. Es la clase como un habitus colectivo, como un conjunto de actividades rutinarias, como una forma de vida. No es la clase como un actor organizado con objetivos conscientes. Se trata de una lógica de la conciencia como una 'lógica de la práctica', y no tiene lugar mediante la organización institucional sino mediante la fuerza de los significados y hábitos compartidos. De lo que se trata, finalmente, no es de las 'estructuras' presentes en las prácticas, y esto es así porque esos significados compartidos y Sitten [costumbres] no son estructuras en absoluto" (BECK, GIDDENS, LASH, 2008: 205).

Así, podemos aprovechar también el análisis de Mary Douglas (1998) acerca de las preferencias de consumo entendidas como forma de expresión cultural, de definición, identificación y confrontación de modelos sociales en pugna por la hegemonía social. Según esta autora, "cada aspecto de la forma de vivir y cada elección se pone a prueba en la lucha por hacer realidad un ideal cultural (...) La teoría de la cultura pone el acento en la capacidad que tienen los individuos de constituir la comunidad. Partimos de la idea de que todos los individuos están interesados de manera vital en el tipo de sociedad en la que viven. Todo acto de elección es también activo entre los intereses que entran en juego. Una elección es un acto de adhesión y una protesta contra un modelo de sociedad no deseado" (DOUGLAS, 1998: 40-41).

Tampoco hay que infravalorar la capacidad de resignificación de los objetos de consumo cultural por parte de los consumidores, quienes, desde la perspectiva de Michel de Certeau (2000), son capaces de dotarlos de



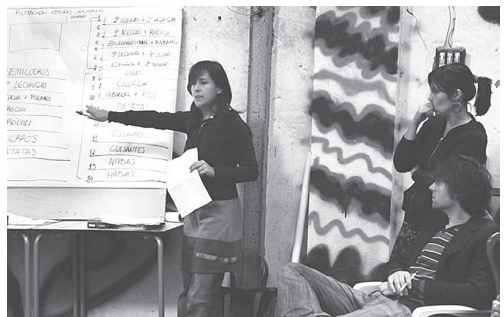
En la huerta de Crestas y Lechugas. Foto: Blanca Martínez Infantes



Cosechando en la huerta BAH (Bajo el Asfalto está la Huerta). Fotos: Rosario O. Amador



Encañando las tomateras. Foto: Blanca Martínez Infantes.
Fuente: Crestas y Lechugas



Blanca exponiendo la próxima rotación de otoño-invierno para la huerta. Fuente: Crestas y Lechugas

significados propios de acuerdo a sus intereses e interpretaciones de clase y su pertenencia a diferentes comunidades de sentimiento, generando una resistencia a la imposición de significados de la cultura dominante a través de una especie de "antidisciplina" cultural. Antidisciplinas y discursos ocultos de resistencia –como los que revela James Scott (2003)– que deben buscarse a través de una mirada sociológica y política que evite y supere los análisis excesivamente rígidos de la teoría de la reproducción, o análisis que adolezcan del error sociológico del "miserabilismo", según el cual las clases dominantes no tendrían intereses culturales propios, ejercerían un seguidismo cultural y social absoluto, y no tendrían capacidad de resignificación ni mucho menos de creación cultural– (GRIGNON; PASSERON, 1992). Del mismo modo, tampoco hay que abandonarse al populismo sociológico en busca de sujetos sociales esenciales o ver resistencias donde en realidad lo que puede que haya sea una negociación y (re)construcción de las identidades y las culturas a través de la hibridación (GARCÍA CANCLINI, 2008), capaz, de todas maneras, de albergar una construcción ideológica más o menos consciente de acuerdo a un proyecto cultural y político de la cotidianidad y del modelo de sociedad deseable.

Es decir, hasta aquí algunas herramientas teóricas que nos puedan ayudar a interpretar la realidad social desde la óptica de las formas de acción social surgidas a partir de sentimientos más o menos difusos de comunidad, la creación de prácticas y discursos que aglutinen a colectivos sociales sin "organización ideológica", y la advertencia sociológica de reconocer resistencias a y resignificaciones de cualquier influencia social que se presente como tal. Aunque, por supuesto, también existen colectivos que se organizan en torno a un proyecto ideológico de resistencia. Colectivos que pretenden intervenir activamente en la lucha hegemónica, considerando que la cultura es en sí misma un campo de batalla por la definición de la realidad y la articulación de diferentes proyectos y modelos de desarrollo social.

Así, el campo de lucha ideológica se amplía desde la lucha de clases de la ortodoxia marxista a nuevos campos de "lo político", entendiendo que más allá de "la política" existe una dimensión básica de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas (MOUFFE, 2007: 16). Nuevos objetos, nuevos intereses y nuevos sujetos sociales

que, en este caso, tratan de articular un paradigma de la sustentabilidad entendida de manera profunda, incorporando las dimensiones económica, ecológica, social y cultural de la misma. Movimientos sociales y colectivos que tratan de ejercer conscientemente una labor contrahegemónica y que tienen sus propios cauces de "educación política" a partir de los intereses comunes que les hacen sentir parte de una misma comunidad de sentimiento. Formación y acción pedagógica que se considera tarea esencial dentro de estos procesos, tanto en los contenidos teóricos referidos al objeto de la lucha concreta como a los propios estilos organizativos, que pueden abarcar desde el modelo de la militancia, a los procesos pedagógicos de la concientización freiriana, las nuevas formas de educación ambiental, la incorporación de estilos de acción interna y externa participativos, horizontales, igualitarios, etc.

En este caso, más allá de la proximidad o lejanía a interpretaciones sobre el sujeto social y político revolucionario dentro de la lucha de clases, nos parece apropiado anclar el escenario social de la lucha por nuevas formas de definición y obtención de las necesidades básicas en el reconocimiento de "nuevos" sujetos sociales:

a) nuevos, al estilo de los discursos de la subpolítica de Beck, de los dominados de Scott, o las elecciones de consumo como estilos de vida, donde tratemos de buscar elementos de comunidad y de acción política en la vida cotidiana, donde la sociología y politología clásica no los veía, cautiva de sus propias prenociones miserabilistas (GRIGNON; PASSERON, 1992);

b) nuevos, al estilo de los colectivos sociales de carácter abierto y de acuerdo a unos valores más post-materialistas: nuevas comunidades específicas con intereses locales, más o menos conscientes y definidos, en torno al consumo, el modo de vida, el medio ambiente, la convivencia y las necesidades básicas.

Estos "nuevos" sujetos sociales, estas formas comunitarias de resistencia y resignificación de los objetos culturales, así como los proyectos ideológicos conscientes de cambio contrahegemónico, son quienes están tratando de crear o aprovechar la agricultura urbana para la construcción de un paradigma, un discurso

y una acción para la sustentabilidad, que afecte tanto a los imaginarios de la agricultura, de la ruralidad, de la alimentación y de la naturaleza, además de una problematización de las necesidades básicas a partir de las propuestas de Max-Neef (1993). Los procesos generados por estas iniciativas de agricultura urbana tienden a que las experiencias mismas se conviertan en un satisfactor múltiple de necesidades básicas. No sólo cubrirían la necesidad de subsistencia con la adquisición del alimento sino que también estimularían satisfacer otras necesidades humanas –Max-Neef los denomina satisfactores sinérgicos– y proyectarse así hacia la transformación social, viviendo el intercambio, el comercio, la agricultura, el alimento, las relaciones humanas y la naturaleza de una manera distinta.

En esa búsqueda de elementos de resistencia para la sustentabilidad, la Agroecología es el enfoque teórico que guía estas líneas acerca del manejo ecológico de los recursos naturales, la cuestión ambiental, la ecología política y las dimensiones técnicas, económicas, sociales y culturales del cambio social hacia una sociedad más sustentable. Entendiendo la Agroecología como el manejo ecológico de los recursos naturales basándose en propuestas de desarrollo participativo y endógeno que caminan hacia la sustentabilidad (SEVILLA GUZMÁN, 2006), reconocemos que el enfoque agroecológico es un referente para iniciativas de resistencia frente al contexto neoliberal de la agricultura, la alimentación y el modelo de desarrollo hegemónico. La Agroecología se conforma como herramienta de reflexión y de preocupación analítica del sostenimiento de las comunidades y del entorno natural en el que se desarrollan y del cual obtienen los recursos necesarios para la reproducción de sus propias vidas. De este modo, podemos citar la propuesta del concepto de desarrollo generado desde la Agroecología "se basa en el descubrimiento, sistematización, análisis y potenciación de estos elementos de resistencia locales al proceso de modernización, para, a través de ellos, diseñar, en forma participativa, esquemas de desarrollo definidos desde la propia identidad local" (GUZMÁN CASADO; GONZÁLEZ DE MOLINA; SEVILLA GUZMÁN, 2000: 139).

Un marco teórico, por otro lado, compartido por parte de los protagonistas de las experiencias de agricultura urbana vinculadas a movimientos sociales y que sirven

de ejemplo de las nuevas formas sociales de la "modernidad reflexiva" en las que el conocimiento experto está extendido y en el que los expertos participan cada vez más de la lucha por la definición social de la realidad al lado de grupos y colectivos sociales directamente implicados en la transformación social. Argumentos técnicos, metodológicos y teóricos de distintas disciplinas que se suman a la discusión política en todos sus niveles hasta ampliar el campo político desbordando las instituciones formales de participación a través de nuevas formas de participación en "lo político" –entendidas, por ejemplo, como "subpolítica" (BECK, 2001), "infrapolítica" (SCOTT, 2003) o "anti-poder" (HOLLOWAY, 2002).

CONCLUSIONES

En un contexto de desagrarización productiva y cultural en el territorio y en la sociedad, la agricultura urbana es una realidad amenazada por la expansión de la urbanización y el modelo de desarrollo de la modernidad. Sin embargo, estos espacios –paisajes, pasajes, territorios, terrenos– conquistados por la agricultura a la ciudad suponen, además de un elemento de producción agraria con sus consecuencias de sustentabilidad ecológica, importantes reservas de significados para los movimientos sociales ecologistas de la ciudad, referentes culturales para la población general, hitos de participación ciudadana en la ciudad, a la vez que canteras de sustentabilidad basada en la agricultura ecológica y escuelas de ciudadanía en donde promover formas colectivas de organización social.

La agricultura urbana como proceso colectivo de resistencia y articulación de propuestas alternativas para la alimentación, la agricultura y las relaciones sociales y económicas se convierte en un escenario capaz de problematizar la cuestión ambiental y cultural, creando discursos y prácticas de resistencia –desde la cotidianidad o desde la militancia– al modelo de desarrollo imperante. La agricultura urbana, del mismo modo que la nueva ruralidad, plantea la lucha por la definición social de la realidad y la obtención de la hegemonía de un modelo de desarrollo determinado. En este sentido compartimos la idea de que "lo rural y su definición no pueden ser entendidos separadamente de la comprensión de la sociedad en que tal definición se plantea.

Como igualmente cierto es el argumento que resulta de invertir los términos" (GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 2002: 93). La agricultura urbana puede llegar a ser una herramienta contra la desagrarización si consigue una articulación y una creación de mecanismos de potenciación y de sinergia entre los colectivos y la realidad agrícola; puede representar una redefinición de las relaciones campo-ciudad que posibilita una inclusión de lo agrario en los espacios urbanos y periurbanos y una sinergia de funciones que desembocan en una serie de beneficios sociales. En ese sentido, el cambio cultural vendría dado, entre otras causas, por la definición y elección de nuevos y diferentes satisfactores de las necesidades básicas (MAX-NEEF, 1993).

El alcance de estas iniciativas y su capacidad de influencia social está por ver, pero sirvan estas líneas para señalar tendencias que están presentes en la lucha por la definición social de la agricultura, la alimentación, la naturaleza, el territorio, la ruralidad, así como las formas de intervención política. Lo que hay en juego es una forma de entender y encarar la crisis ecológica y social actual que afecta tanto a lo rural como a lo urbano. La construcción del campo sociológico de la ruralidad y el territorio son parte del campo más amplio del modelo de desarrollo global en sus distintas escalas, y son elementos que se juegan también en las ciudades en torno a la agricultura urbana.

Notas

¹ Consultar <http://www.footprintnetwork.org>

² Para más información consultar: la-acequia.blogspot.com; hortigas.blogspot.com; crestasylechugas.org; larehuerta.blogspot.com. Otras cooperativas dentro del estado español son Terratrèmol (Alicante), Uztaro Cooperativa (Guipúzcoa), Surco a Surco (Toledo, Madrid), Tomate Gorriak (Pamplona) o Bajo el Asfalto está la Huerta (Madrid, Guadalajara, Valladolid), entre otras.

³ Para más información ver <http://www.permacultura-es.org>

Bibliografía

ABAD BALBOA, C.; NAREDO PÉREZ, J. M. (1997) Sobre la "modernización" de la agricultura española: de la agricultura tradicional hacia la capitalización agraria y la dependencia asistencial. En GÓMEZ BENITO, C.; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (coord.) *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: MAPA-CIS, 1997, pp. 249-316

AUGÉ, M. (2000) *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, 2000

BECK, U.; GIDDENS, A.; LASH, S. (2008) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza, 2008

BECK, U. (2001) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 2001

BOVÉ, J.; DUFOUR, F. (2002) *La semilla del futuro. La agricultura explicada a los ciudadanos*. Barcelona: Icaria, 2002

CALLE COLLADO, A. (2008) La producción social de democracia (radical). Trabajo y Cultivos Sociales. *Rojo y Negro*, nº 212, 2008, pp. 1-7 (en línea) <<http://www.cgt.org.es/spip.php?article878>> (consulta: 10/05/10)

CAMARERO RIOJA, L. A. (1993) *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamiento rurales en España*. Madrid: MAPA, 1993

CERTEAU, M. (2000) *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000

DIAGNÓSTICO de las últimas huertas de Sevilla (2007) Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 2007

DOUGLAS, M. (1998) *Estilos de pensar. Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Barcelona: Gedisa, 1998

FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2006) *El tsunami urbanizador español y mundial* (en línea) <http://www.nodo50.org/ramonfd/tsunami_urbanizador.pdf> (consulta: 17/12/2009)

FLEURY, A. (2006) Multifuncionalidad y Sostenibilidad de la Agricultura Urbana. *Revista de Agricultura Urbana*, nº 15, 2006, pp. 4-6

GARCÍA CANCLINI, N. (2008) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona: Paidós, 2008

GARCÍA FERNÁNDEZ, G. (2004) Nuevas demandas sociales a la agricultura y el medio rural del siglo XXI. En MARRÓN GAITE, M. J.; GARCÍA FERNÁNDEZ, G. (coord.) *Agricultura, Medio Ambiente y Sociedad*. Madrid: MAPA, 2004, pp. 11-29

GARCÍA GARCÍA, E. (2004) *Medio Ambiente y Sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid: Alianza editorial, 2004

GARRIDO FERNÁNDEZ, F.; MOYANO ESTRADA, E. (2004) Agricultura, sociedad y medio ambiente en la España actual. En MARRÓN GAITE, M. J.; GARCÍA FERNÁNDEZ, G. (coord.) *Agricultura, Medio Ambiente y Sociedad*. Madrid: MAPA, 2004, pp. 29-57

GÓMEZ BENITO, C.; NOYA MIRANDA, F. J.; PANIAGUA MAZORRA, A. (1996) Agricultura y naturaleza. Una aproximación a las imágenes y actitudes de la población respecto a las relaciones entre agricultura, medio rural y naturaleza. *Política y Sociedad*, nº 23, 1996, pp. 99-110

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (2002) *Sociología y ruralidades (La construcción social del desarrollo rural del Valle del Liébana)*. Madrid: Serie Estudios-MAPA, 2002

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. T.; CAMARERO RIOJA, L. A. (1999) Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad. *Política y Sociedad*, nº 31, 1999, pp. 55-68

GRAMSCI, A. (1975) *Cuadernos de la cárcel*. México: Era, 1975

GRIGNON, C.; PASSERON, J. C. (1992) *Lo culto y lo popular*. Madrid: La Piqueta, 1992

GUZMÁN CASADO, G. I.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; SEVILLA GUZMÁN, E. (2000) *Introducción a la Agroecología como Desarrollo Rural Sostenible*. Madrid: Mundiprensa, 2000

HERVIEU, B. (1995) El espacio rural europeo entre la ruptura y el desarrollo. En RAMOS LEAL, E.; CRUZ VILLALÓN, J. (coord.) *Hacia un nuevo sistema rural*. Madrid: MAPA, 1995, pp. 27-48

HERVIEU, B. (1997) *Los campos del futuro*. Madrid: MAPA, 1997

LÓPEZ GARCÍA, D.; LÓPEZ LÓPEZ, J. A. (2003) *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionadas a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2003

LÓPEZ GARCÍA, D.; BADAL PIJUÁN, M. (2006) *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*. Madrid: Virus, 2006

LÓPEZ PASTOR, A. T. (1999) El fin de las dicotomías y la urgencia de integrar. Las redes (el quinto poder): piedra angular del desarrollo humano del siglo XXI. En RAMOS LEAL, E. (coord.) *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. Madrid: MAPA, 1999, pp. 265-295

MARRÓN GAITE, M. J.; GARCÍA FERNÁNDEZ, G. (coord.) (2004) *Agricultura, Medio Ambiente y Sociedad*. Madrid: MAPA, 2004

MOUGEOT, L. (2001) Agricultura Urbana: concepto y definición. *Revista de Agricultura Urbana*, nº 1, 2001, pp. 5-7

MAX-NEEF, M. A. (1993) *Desarrollo a Escala Humana*. Montevideo: Nordan Comunidad, 1993

MOLERO CORTÉS, J.; SOLER MONTIEL, M. (2008) *Proyecto para la promoción participativa de la agricultura ecológica en las huertas urbanas de la zona norte de Sevilla*. Sevilla: Ecologistas en Acción-Sevilla, 2008

MORMONT, M. (1994) La agricultura en el espacio rural europeo. *Agricultura y Sociedad*, nº 71, 1997, pp. 17-50

MOUFFE, C. (2007) *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE, 2007

NAREDO, J. M. (1996) *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*. Granada: Universidad, 1996

OPS (2006) Oficina del Plan de Sevilla. *[Nuevo] Plan General de Ordenación Urbanística*. PGOU Memoria de información en www.sevilla.org

PANIAGUA MAZORRA, A. (1997). Significación social e implicaciones para la política agraria de la "cuestión ambiental" en el medio rural español. En GÓMEZ BENITO, C.; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (coord.) *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid: MAPA-CIS, 1997, pp. 975-1016

PÉREZ RUBIO, J. A. (coord.) (2007) *Sociología y desarrollo. El reto del desarrollo sostenible*. Madrid: MAPA, 2007

RAMOS, E.; ROMERO RODRÍGUEZ, J. J. (1995) Para una concepción sistémica del desarrollo rural. En RAMOS LEAL, E.; CRUZ VILLALÓN, J. (coord.) *Hacia un nuevo sistema rural*. Madrid: MAPA, 1995, pp. 49-90

REDCLIFT, M.; WOODGATE, G. (coord.) (2002) *Sociología del medio ambiente. Una perspectiva internacional*. Madrid: McGrawHill, 2002

REGIDOR, J. G. (1997) La agricultura española en la Unión Europea: entre la integración y la reconversión. En GÓMEZ BENITO, C.; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (coord.) *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: MAPA-CIS, 2002, pp. 231-264

SCOTT, J. C. (2003) *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla: Txalaparta, 2003

SEVILLA GUZMÁN, E. (2006) *De la Sociología Rural a la Agroecología*. Barcelona: Icaria Editorial, 2006

UNITED NATIONS POPULATION FUND (2007) *Estado de la población mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano*. UNPF, 2007

VÁZQUEZ MERÉNS, D.; PÉREZ NEIRA, D. (2008) Alternativas ó sistema agroalimentario (capitalista) dende o consumo: Experiencias en Andalucía. II Congreso de Agroecología y Agricultura Ecológica de Galicia, Mayo 2-4, 2008. Universidad de Vigo, inédito

VILJOEN, A.; BOHN, K. (2006) Paisajes urbanos productivos ininterrumpidos: la agricultura urbana como una infraestructura esencial. *Revista de Agricultura Urbana*, nº 15, 2006, pp. 34-36